

interrumpe; agita los brazos, mira con fijeza o mira en vago; y sonrío siempre; invariablemente sonrío. Pero su sonrisa es buena, honda, franca, generosa. Una sonrisa «antípoda» de la sonrisa de Taft. Era como el gesto del régimen que con él se extinguía. De pronto me enseña su reloj de oro.

—Fíjese, ministro—exclama:—falta una piedra en la leopoldina.... Después, no sospechen que la robaron.....

¿Qué súbito presentimiento lo asaltaba? A grandes pasos recorrió la distancia del espejo, del cuarto contiguo, al centinela inmóvil. Acercándose de nuevo, me dijo:

—Un presidente electo por cinco años, derrocado a los quince meses, sólo debe quejarse de sí mismo. La causa es..... esta, y así la historia, si es justa, lo dirá: no supo sostenerse.....

Ocupa una butaca y cruza las piernas.

—Ministro:—añade—si vuelvo a gobernar a mi país, me rodearé de hombres resueltos que no sean «medias tintas»..... He cometido grandes errores. Pero..... ya es tarde.....

Y cortó el giro de la conversación:

—¿Qué cosa es la «Enmienda Platt»?

Después, interrumpiéndome:

—¡No se me ponga triste, ministro! No habrá Enmienda Platt, porque no rige en el corazón de los cubanos. Cuando ustedes aceptaron la Enmienda Platt no habían sido libres todavía. Pudo serles impuesta, por eso: en el camino de la servidumbre a la independencia.

Y reanudó sus paseos del espejo al centinela. Y paseando, hablaba a su tío, don Ernesto, ministro de Hacienda, que con el de Justicia, un respetable caballero, el señor Vázquez Tagle, eran las únicas visitas que no se habían marchado todavía. Repentinamente, una duda lo alarma.

—Y la carta de Huerta, ¿dónde está?

Sacudidos por un mismo impulso nos pusimos todos en pie. Don Ernesto resolvió salir a informarse.

—Convendría que la redactases a tu gusto—dijo al señor Madero; y en un pequeño block de papel, escribió el presidente varios renglones que acto seguido nos leyó. Era un «salvo-conducto» en el que incluía a su hermano don Gustavo, muerto lo mismo que el intendente....

—Sabe alguno de ustedes dónde está Gustavo?—preguntó entonces sin la menor sospecha del crimen.—¡De seguro lo tienen en la Penitenciaría!—Si no lo encuentro en la estación para continuar conmigo, no me embarco.....

Procuré disuadirle de semejante proyecto.

—Eso..... realmente, comprometería la situación. Es a usted, señor Madero, a quien hay que salvar, en las actuales circunstancias. El pobre don Gustavo..... ya veremos.

Volvió el presidente a su mansa plática:

—El crucero «Cuba» ¿es grande, es rápido? He pedido que la escolta del tren la mande el general Angeles para llevármelo a la Habana. Es un magnífico profesor del arma de artillería y acaso el presidente Gómez le dé empleo en la escuela militar..... Escríbale usted, ministro, en mi nombre: recomiéndelo. Si dejara al general aquí, concluirían por fusilarlo.....

Don Ernesto, llegó con una extraña noticia:

—El señor Lascuráin, ministro de relaciones exteriores, va en este momento al congreso a presentar «tu» renuncia.....

Madero saltó de la butaca.

—¿Y por qué no ha esperado Lascuráin a la salida del tren? Traelo aquí, en seguida, Ernesto; que venga en el acto; sin demora, corre, tú; vaya usted, señor Vázquez, tráigalo en seguida.....

Y a largos pasos, nerviosamente, cerrados los puños, rectos los brazos hacia atrás, recorría la distancia del espejo al centinela, más allá del centinela..... Don Ernesto, vuelve con peores noticias. «La renuncia ya fué presentada».....

—¡Pues vé y dile a don Pedro que no dimita él la presidencia interina hasta que no arranque el tren!....

—¡Iré—contestaba don Ernesto—pero cálmate, Pancho, que todo tendrá arreglo!.....

Y yo también intermedí, infundiéndole confianza en su destino.

—Llamen por teléfono al ministro de Chile—exclamaba ansioso:—que venga a buscarnos; y traigan el salvo-conducto de Huerta.

Lentamente fué recobrando su habitual sonrisa, e inundándose de conformidad su espíritu.

—Huerta me ha tennido un segundo lazo y firmada y presentada mi renuncia no cumplirá su palabra.....

El señor Vázquez Tagle salió con don Ernesto para no regresar. ¡Todo estaba ya resuelto y decidido! Momentos antes, Huerta, proclamado presidente provisional, entró en Palacio con los honores de su alta investidura. Fué el último informe que nos trajo don Ernesto, disimulando su profunda angustia. Lascuráin, había evitado, a mi juicio, una matanza. Prolongó, así tres días más, la vida de los dos mártires. Y Madero no tuvo para él, en mi presencia al menos, una palabra de reproche. Intentó que don Ernesto hablase al propio Huerta, en persona; pero Huerta, «fatigado por el trabajo» se había recogido a las habitaciones presidenciales. Flaqueaba el optimismo de Madero; Pino Suárez, temía un atentado si los dejábamos, aquella noche, solos; y Angeles opinaba que no saldrían vivos del arriesgado trance. Cada uno pretendía sin embargo, reanimar a los demás, y bordaba, sobre simples conjeturas, la

vana y deleznable explicación. Madero corre la distancia del espejo al centinela y don Ernesto, recomienda serenidad «Es posible—advierde—que Huerta haya ordenado la salida del tren para las cinco de la mañana, como hizo, con don Porfirio Díaz, cuando lo escoltó en su fuga a Veracruz»... Y aunque no me pareciera fundada la consecuencia, la dí por lógica y evidente. «Si el señor ministro se quedara con ustedes hasta esa hora—continuó don Ernesto—apartaríamos el peligro y podría realizarse el viaje sin obstáculos.» Madero, en un principio se opuso. «¡Cómo, él proporcionarme molestia semejante, allí donde no tenía siquiera una cama que brindar»... Pero, a la vez, todos convenían en que si me marchaba, era probable una desgracia... Irme, tomar el sombrero, tranquilamente, y despedirme, «hasta la vista,» abandonándolos a la bayoneta del centinela, hubiera sido impropio de mi situación de ministro, de mi nombre de cubano, de nuestra raza caballeresca. Amparar con la bandera de mi patria al Presidente a quien, un mes antes, había presentado, solemnemente, mis credenciales, era cumplir con el honor de nuestro escudo, interpretar, en toda su intensidad, la misión de concordia que en aquellas circunstancias desempeñaba.

Momentos después, don Ernesto salía de Palacio ocultándose para escapar de sus perseguidores, en la casa de un amigo. Y en seguida un oficial llegaba a la intendencia, solicitando al señor ministro de Cuba, en nombre del nuevo presidente.....

—No es posible ya, esta noche, la salida del tren; y el señor presidente de la república lo comunica al Excelentísimo señor Ministro, por si desea descansar....

—¿Cree usted que podrá efectuarse el viaje por la mañana?

El mensajero nada sabía; y haciendo una corta reverencia me pidió permiso para retirarse.

—No saldrá el tren a ninguna hora—dijo Madero en tono de suprema resignación. Tomando un retrato suyo, de la mesa del centro, me dijo:

—Guárdelo usted en memoria de esta noche desolada....

Y escribió:

«A mi hospitalario y fino amigo Manuel Márquez Sterling, en prueba de mi estimación y agradecimiento.

FRANCISCO I. MADERO.

Palacio Nacional, febrero 19 de 1913.

## IV

**El recuerdo del Intendente Adolfo Bassó. La cama del Ministro de Cuba en la Intendencia. El sueño de Madero y Pino Suárez. El Centinela. Meditaciones de Pino Suárez. El desayuno. En el sudario de Gustavo.**

Era la una de la mañana.

Diez y nueve días antes, precisamente a esa hora, había yo salido de ese mismo Palacio, alegre y contento, después de un banquete servido con la vajilla de oro del Emperador Maximiliano, y el intendente, hombre de elevada estatura y cierta distinción, don Adolfo Bassó, hacía los honores en la escalera, a las damas y personajes que desfilaban por el patio, subiendo a sus coches y automóviles. Si entonces algún agorero me hubiera profetizado la dramática escena de la noche del 19 al 20, le habría tomado por un loco. Si nos fuese permitido contemplar a través de los misterios del horizonte, el curso futuro de la vida, pensaríamos que una mano divertida y cruel juega con los destinos del hombre. Descienden de sus tronos los reyes y se elevan, y mandan y tiranizan, los vasallos: el rico empobrece; del pobre se forja un potentado; y barajando, como naipes, voluntades y apetitos, hay un azar que pone, en estas manos, los triunfos de la partida, y en aquella coloca los descartes. El intendente, que me despedía, doblando la cintura, en el último escalón, ignoraba que pronto doblaría la esquina de otro mundo, más allá, y que esa era, fatalmente, su postrera despedida en el último escalón de la existencia. Huerta, en algún «bar» de las inmediaciones, bebía, seguramente, su tequila, tres semanas antes de dormir, en Palacio, su primer sueño de presidente, sin el derecho y sin la tranquilidad de conciencia de Madero que, en estos momentos inolvidables, de tres sillas hacía cama para el ministro de Cuba, rogándole que se acostara. De una maleta, marcada con las iniciales de Gustavo, sacó varias frazadas y mantas que suplieron sábanas y almohadas; revelando Madero, en el semblante, la gracia de quien afronta, dichosos, las peripecias de una cacería en la montaña profunda. El general Angeles, agazapado en su capote militar, se retiró al que fué despacho del intendente; y Pino Suárez, riendo, tuvo ánimo para esta frase: «Ministro: jamás pensó usted hallar en la diplomacia lecho tan duro....»

—El tiempo lo ablandará en la memoria—interrumpió Madero.— ¡Y, por Dios, Ministro, no informe usted a su gobierno de que, en México, necesitan los diplomáticos andar con la cama en «la bolsa!»....

Me quité la chaqueta, la corbata, el cuello, los tirantes!....

—¡Vaya que es desarreglado este cubano—exclamó Madero, recogiendo del sofá aquellas prendas y doblándolas prolijamente. Era un

rasgo de su carácter el orden, la simetría, la regularidad. Y comenzó a desnudarse como en su alcoba del castillo de Chapultepec. Iba de un lado o otro acomodando las cosas y disponiendo los muebles que habían de colgantes. De repente, soltó la carcajada: «Pero ministro querido, ¿va usted a dormir con zapatos?» Y me descalcé, disimulando el proyecto, adecuado a las circunstancias, de estar despierto. Frente a nuestra cama a dos metros de distancia, improvisó Madero la suya; y se tendió en ella como Apolo, según Moratín, «en mullido catre de pluma.» Envuelta en la frazada blanca de Gustavo, apenas le quedaban visibles los ojos, simulando una figura morisca. Pero, al contacto de la ropa de Gustavo, como si el muerto le apretara entre sus brazos, se incorporó en el mullido «catre de pluma,» apartando, nerviosamente, aquella «funda:» «Ministro, — exclamó, ahogado por la súbita emoción—yo quiero saber dónde está Gustavo.....» Y en este instante, desde fuera, apagaron los guardias la luz, desbordándose en el recinto las tinieblas. La ventana del fondo, cerrada herméticamente, daba a una calle solitaria; y, por los cristales del montante, entraron los pálidos reflejos de una lejana farola que iluminaba la bayoneta del centinela. Poco a poco, fuéronse aclarando, a nuestra vista, los objetos como si renacieran de la borrasca; y observé a Madero que dormía un sueño dulce, reposando en el alma de Gustavo. Respiraba con la fuerza de unos pulmones hechos para la vida sana y larga y en su disfraz morisco, entre las sombras pavorosas de la noche y el brillo de la bayoneta, que anticipaba la aureola del inmediato martirio, acaso trasportábase al teatro de sus hazañas de héroe. Intenté adivinar el torbellino de su mente; y escuchaba el vocerío de las triunfadoras huestes de Ciudad Juárez que le piden la cabeza del general Navarro, su prisionero; y, en la obscuridad que sirve de cómplice á su corazón magnánimo, lo veo cómo sustrae de los verdugos al reo; y cómo, vencedor y vencido, en un automóvil, veloz como el viento, se internan en el bosque y ganan la orilla del Río Bravo y saltan sobre el dorado musgo. Es el primer acto del régimen inverso al de Porfirio. Y, después de estrecharse las manos, el viejo Navarro atraviesa, a nado, las aguas rizadas y desde la orilla opuesta, ya en territorio americano, da las gracias agitando su pañuelo... Madero vuelve a vivir su gloria y sonríe bajo el sudario de Gustavo.

Pino Suárez, duerme sentado en el sofá, abrigándose con una colcha gris. Ambas manos, descarnadas, sujetan sus bordes, sobre el pecho, y las piernas, caídas sobre la alfombra, ensayan la rigidez de la muerte. La cabeza reclinada sobre el hombro flaco, en desorden los cabellos, afilada la nariz, transparente la mejilla, rendidos los párpados, dá frío contemplarlo. Por la boca entreabierta, escapa suave, fino,

el resuello; y, a veces, contrae los labios como secando con un beso las lágrimas de sus tiernos hijos, que habían comenzado a ser huérfanos. Despertó a la incipiente claridad de la madrugada y, enderezándose, díjome, muy quedo para no importunar el sueño de su amigo:—«¿No ha dormido usted? Es una noche helada, ¿verdad? ¿Ha oído usted el ruido constante, sordo y amenazador, de los aceros? Temen que inspiremos simpatía en cada centinela y los cambian por minuto.» Frotóse los ojos con el pañuelo, arrancándoles la visión del pesar que lo amagaba y respiró con todo el pecho como si no hubiera respirado mientras dormía. El poeta, seguramente, anulaba en su alma al político; y turnábanse, en ella, deslumbrándola, el ideal de la patria, por quien moría, y el amor de la esposa, por quien anhelaba vivir. «Al general Angeles—murmuró—no se atreverán a tocarle. El ejército lo quiere, porque vale mucho y, además, porque fué maestro de sus oficiales. Huerta peca por astucia, y no disgustará, fusilándolo, al único apoyo de su gobierno. En cuanto a nosotros, ¿verdad que parecemos en capilla? Sin embargo, lo que peligra es nuestra libertad, no nuestra existencia. Nuestra renuncia impuesta provoca la revolución; asesinarlos equivale a decretar la anarquía. Yo no creo, como el señor Madero, que el pueblo derrocará a los traidores, rescatando a sus legítimos mandatarios. Lo que el pueblo no consentirá es que nos fusilen. Parece de la educación menester para lo primero. Le sobran coraje y pujanza para lo segundo».....

Pino Suárez, en lo íntimo, muy adentro, desconfiaba de la virtualidad de su lógica y argüía, con palabras optimistas, al pesimismo interno y secreto de su pensamiento:—«Yo—añade—¿qué les he hecho para que intenten matarme? La política sólo me ha proporcionado angustias, dolores, decepciones. Y créame usted que sólo he querido hacer el bien. La política, al uso, es odio, intriga, falsía, lucro. Podemos decir, por tanto, el señor Madero y yo, que no hemos hecho política, para los que así la practican. Respetar la vida y el sentir de los ciudadanos, cumplir leyes y exaltar la democracia en bancarrota, ¿es justo que conciten enemiga tan ciega, y que, por eso, lleven al cadalso a dos hombres honrados que no odiaron, que no intrigaron, que no engañaron, que no lucraron? ¿Es acaso que el mejor medio de gobernar los pueblos de nuestra raza lo dá el ánimo perverso de quienes lo explotan y oprimen?»

Sumergido en esta dolorosa meditación, cerró los ojos y apoyó la frente en ambas manos. El centinela entregaba la guardia a otro centinela. Y el nuevo, ocupó su puesto como un objeto inanimado que se coloca sobre una mesa. Lo miraba con curiosidad. Era un indio pequeño, de ojos pequeños, de brazos pequeños, de piernas pequeñas.

Todo él era pequeño y representaba, no obstante, la brutalidad de la fuerza. El uniforme no le cuadraba: un uniforme descolorido, cortado para un cuerpo de mayor volumen que el suyo. Los calzones, muy anchos y arrugados, producían el efecto de que se le estaban cayendo. En cambio, la bayoneta, erguida, se mantenía recta como el patriotismo de los presos a quienes cerraba el paso. Lejos, alguien caminaba con prisa franca de vencedor; una voz distante pregunta y otra voz, aguda, más cercana, contesta sin que entiendan las palabras. Es la luz que domina y la vida que comienza de nuevo a reinar. Y el propio Madero, despierto, se incorpora sobre los brazos de Gustavo, para saber qué hora es.

—Las cinco y media.

—¿Vé usted, ministro? Lo del tren a las cinco era una ilusión....

Y continuó su sueño dulce y tranquilo, en el espíritu de su hermano..... La esperanza, nunca marchita en su ineptitud para el mal, había perdido un pétalo entre millares de hojas que al riego de su apostolado retoñaban. Pino Suárez, poeta, concebía mejor la realidad que Madero, agricultor; y aunque, disertando, apartaba de sí la idea del martirio, no se desvanecía en su mente vigorosa la horrible visión del suplicio. Más tarde, cuando en torno de la mesa rústica sirve un muchacho desarrapado el desayuno, se sobrepone a la lógica de sus meditaciones el temor intenso:—«No, ministro, no pruebe usted la leche que podría estar envenenada.» Tomando rápidamente un sorbo, resolvió el punto; y charlamos, a la manera de antiguos camaradas que se preparan a reanudar alegre cacería en la montaña profunda. Madero recorre con la vista los trastajos y cachivaches amontonados en el extraño comedor; y volviéndose al sirviente, le dice:

—Con este peso, cómprame los periódicos del día. Quiero saber qué ocurre.

—Angeles, Pino Suárez y yo, cambiamos una mirada de inteligencia. En los periódicos leería, con espantosos detalles, la muerte de Gustavo. Pero, a una sola reflexión, en el fondo hábil pretesto, cedió el desventurado presidente: «Sería peligroso para el criado y, de averiguarlo sus carceleros, acaso pagara la imprudencia con la vida.»

—Entonces, permítanme ustedes dormir la media hora de sueño que aún debo a mi costumbre.....

Y se envolvió en el sudario de Gustavo.....

## V

**El optimismo de Madero. Pino Suárez analiza su situación. Madero pretende apelar a los medios legales. La señora de Pino Suárez entra en la Intendencia. El Ministro de Cuba sale del Palacio. Júbilo del gran mundo mexicano. Noticias espeluznantes. El ex-Canciller. Las tribulaciones de la familia Madero. Reunión del Cuerpo Diplomático. El reconocimiento del Gobierno provisional. El Ministro Cologan redacta el discurso que ha de leer a Huerta el decano Mr. Wilson.**

A las diez de la mañana todavía nos hallábamos en la intendencia del palacio nacional de México. El dormitorio acababa de recobrar sus preeminencias de «sala de recibo»; Pino Suárez, encorvado sobre el bufete, escribía una carta para su esposa, que ofrecí entregarle; y Madero, sumergido en el remanso de su dulce optimismo, formulaba planes de romántica defensa. Desde luego, no concebía que tuviese Huerta deseos de matarle; ni aceptaba la sospecha de que Félix Díaz consintiese en el bárbaro sacrificio de su vida, siéndole deudor de la suya. Pero, a ratos, la idea del prolongado encierro le inquieta; y sonrío compadecido de sí mismo. Educado al aire libre, admirable ginete, gran nadador y, además, amante de la caza, la tétrica sombra del calabozo le amargaba. Pino Suárez, que concluye su tarea, declara que el peligro consiste en permanecer dentro de la intendencia y prefiere que les trasladen.....

MADERO.—¿A dónde?

PINO SUÁREZ.—A la penitenciaría. Estamos aquí a merced de la soldadesca.....

Y el poeta canta sus desventuras: «Me persiguen los mismos odios que al presidente sin la compensación de sus honores, ni su gloria. Mi suerte ha de ser más triste que la de usted, señor Madero.....» Ambos callan dirigiendo los ojos, casualmente, al centinela. Y Madero, rompiendo el silencio, exclama: «Somos hoy simples ciudadanos y debemos buscar protección en las leyes. ¿No lo cree usted así, ministro?»

PINO SUÁREZ.—La única protección eficaz sería la del Cuerpo Diplomático.

Y analizaron el problema. Pino Suárez opinaba que convendría prometer a Huerta, por medio de los ministros extranjeros, un manifiesto, suscrito en Veracruz a bordo del crucero «Cuba,» obligándose a no tomar parte en la política; más, a juicio de Madero, Huerta recordaría que jamás cumplieron compromisos de este género los caídos que firmaron tales manifiestos. Y añadió con altivez, «Pues, vaya! ¡Que crea en nuestra palabra y..... en la suya!» Fácilmente llegaron a un acuerdo.

MADERO.—Pino Suárez escribirá a su esposa para que presente

al juez recurso de amparo a su favor; y yo suplico a usted, ministro, que les diga a mis padres que presenten uno por Gustavo y a mi señora que presente otro por mí.....

En ese instante apareció, ante nuestra vista, envuelta en tupido manto negro, la esposa de Pino de Suárez. Al acercarse, descubrió el rostro y se arrojó, desecha en lágrimas, a los brazos de su ilustre marido. Un caballero que la había guiado, nos explicó aquel milagro «En estos momentos cambian la guardia y casi de sorpresa hemos penetrado hasta aquí.....» En efecto, minutos después, el nuevo jefe saludaba con respeto a Madero, y le rogué que pidiese, por teléfono, para retirarme, el coche de la Legación de Cuba.

MADERO:—Usted gestionará con el Cuerpo Diplomático..... si lo considera prudente. Pero, no queremos causarle otras molestias..... Y lo relevo del recado a mi familia, que transmitirá la señora de Pino Suárez.

Nos despedimos como quienes en corto plazo han de volver a verse; y el general Angeles, a la salida, nos apretó la mano fraternalmente.

El patio era todo sol y alegría. Centenares de soldados, en amoroso deleite con sus mujeres, comían hartándose las clásicas tortillas de maíz, sentadas las parejas, unas, en los pretilos de las ventanas, las más en el suelo, y rodando en simpático desorden fusiles y mochilas. El coche atravesó lentamente los grupos de tropa y de curiosos. Los caballos, a paso de ceremonia, producían ruido sordo, ondulante, retumbando arriba en los oídos de Huerta. Entre los arcos del patio contiguo, varias chisteras andaban de prisa. Y el coche, pesadamente, asoma a la vida de la calle por la inmensa puerta del palacio. Rodea el zócalo que guardaba su gesto de locura; y marché por la Avenida de San Francisco. Estaba de fiesta el gran mundo mexicano. Lucían damas y magnates, en magníficos trenes, el júbilo de una victoria funesta. De extremo a extremo saludos «inefables» como caricias. Y mientras Madero iba al suplicio envuelto en el sudario de Gustavo, los elegantes, los ricos, los dueños del latifundio, regresaban del ostracismo en el alma de Porfirio.

Mi familia, era presa de honda angustia. Circulaban, por la ciudad, noticias espeluznantes de la suerte de los cautivos; y habían informado a mi esposa, de que Madero y Pino Suárez murieron en súbita refriega, con riesgo de sus acompañantes; falso rumor que fué personalmente a desmentir el señor Lascuráin, y que desvaneció, en seguida el telefonema desde palacio pidiendo «el coche del señor ministro.» De la Legación pasé a la casa del excanciller, donde encontré a la familia del señor Madero, que me refirió los tormentos y zozobras de la no-

che anterior. Dispuesto el convoy para emprender viaje a Veracruz, familiares y amigos ocuparon los vagones. Transcurren inútilmente las horas; el señor Lascuráin, y nuestro colega de Chile, van a palacio sin conseguir entrada; y a las dos de la mañana, cuando los prisioneros dormían, resignados al infortunio, sus deudos abandonaban la estación refugiándose, conscientes de la inmensidad de su desgracia, bajo la noble bandera japonesa.... Finalizaba el doloroso relato, hecho simultáneamente por muchas voces, al entrar el señor Lascuráin, profundamente emocionado. Las circunstancias le habían discernido, en el drama, el trance más difícil y sólo el tiempo será escrupuloso depurador de su conducta, limpia de la falta que sus adversarios le atribuyen. Uno tras otro, llegan varios colegas; y se proyectan gestiones desesperadas: hablar a Huerta, conmover a Wilson.... Luego desfilaron poco a poco ministros, damas, parientes y amigos, cada cual a mover algún resorte de piedad.

Las nueve de la noche. Al frente de la embajada americana se detienen varios automóviles. Los grupos que charlan en torno del pintoresco edificio, dejan franco el paso de la verja. Y unos caballeros de aspecto grave, suben la escalinata y hablan y se saludan. Son todos ministros extranjeros y acuden a la invitación de Mr. Wilson, el decano, que les recibe cortesmente. Yo, de una mirada, reconozco el lugar donde Huerta y Félix Díaz, queriendo devorarse, en homenaje a la dura conveniencia, se abrazaron, y precisamente, a la derecha de la mesa que conmemora el famoso «pacto de la Ciudadela» en realidad «pacto de la embajada,» ocupó hermosísima butaca el insondable diplomático, enemigo férreo del blando Madero. Una docena de potencias de todos tamaños, en las personas de sus «enviados,» formaron, en círculo perfecto, sobre la alfombra verde y roja, el tendido del próximo torneo. Mr. Strong, ministro inglés, cierra los párpados y respira fuerte por las narices. Cologan, el de España, en un sofá, cruza sus largas piernas, frota con ambas manos su barba gris y conversa, a un lado, en buen francés y al otro, correctamente, en la lengua de Shakespeare. Junto a Cologan el señor Cardoso, del Brasil, mi amigo desde Petrópolis. Más allá, el de Alemania, un contralmirante chico, redondo, lampiño, amable por hábito, que llega el último y ríe con el de Noruega una gracia germánica. El embajador «abre la sesión» y dice en castellano:

—Señores ministros.....

Podía escucharse con sus palabras el vuelo de una mosca. El objeto principal de aquella junta lo proporciona la nota del subsecretario de Relaciones Exteriores en que participa, al decano, la ascensión del general Victoriano Huerta a la Presidencia de la República, «por ministerio de la ley,» y su propósito de recibir al siguiente día, a las once,

en el palacio nacional, donde estaban presos todavía Madero y Pino Suárez, al Honorable Cuerpo Diplomático.

EL EMBAJADOR.—Dos cuestiones plantea el despacho del señor Subsecretario. El Cuerpo Diplomático ¿asiste a la recepción? El Cuerpo Diplomático ¿reconoce al general Huerta Presidente de la República?

Para el señor Cologan no pueden los ministros extranjeros negarse a reconocer el gobierno provisional, producto de la Constitución mexicana, igual que lo fué el del señor de la Barra, al renunciar Porfirio Díaz. Mr. Wilson asiente, el inglés abre los ojos, el alemán parece que dice algo de importancia. Me dispongo a prestarle atención. Pestañea; nervioso y sonriente frunce los labios imitando con ellos un adorno de trapo; y mudo gana la delantera, por discreto, a las demás potencias. Mr. Wilson, satisfecho, y dando por resuelto con el segundo el primer extremo de la consulta, recupera la palabra:

—El acto será solemne y de rigor; debo leer en él un discurso que ahora convendría confeccionar.

El embajador se detiene y con la mirada interroga a diestra y siniestra. Algunas cabezas afirman. Otras, a semejanza de la del centinela de la intendencia, se mantienen como talladas en mármol. Propuso, entonces, el afanado embajador, una comisión redactora, que supiese el habla de Cervantes. Y a renglón seguido pronunció tres palabras:

—España, Inglaterra, Alemania.

Jamás le ocurría, y es de observarse, a Mr. Wilson, que en las comisiones, de ese carácter, figurasen ministros latinoamericanos, el de Chile o del Brasil, por lo menos, en materia diplomática doctísimos y no inferiores, en saber, a los europeos allí presentes. La cuestión mexicana afectaba directa y hondamente a la diplomacia continental; a la política y a los intereses de las naciones latinoamericanas; y debieron siempre hallarse representadas, por sí mismas, en la constante labor del cuerpo diplomático.

Retiráronse, a deliberar, los tres personajes y en cuatro rasgos interpretaron la expresa voluntad y el manifiesto anhelo de Mr. Wilson. Cologan, es hombre inteligente, avezado a los empeños diplomáticos, bondadoso, hidalgo. El embajador lo quiere. Y nunca estorba al embajador en sus designios.

—Muy bien!—exclama Mr. Wilson a cada sílaba que lee ufano el ministro de España; y Cologan disfruta de una gloria deleznable, es cierto, efímera, sin duda, pero intensa: la gloria literaria. El documento circula de aquí para allá; lo examinan muchas gafas de oro; y su autor, complaciente y animoso, lo traduce al francés, al inglés, al alemán,

al italiano, al noruego, al portugués, al ruso, a más idiomas que lo hayan sido las novelas de Pérez Galdós, los dramas de Echegaray, las comedias de Benavente y los versos de Núñez de Arce.....

\*  
\*  
\*

El honorable Cuerpo Diplomático rubrica y sella, con sus sellos particulares, en espíritu, el convenio del reconocimiento. Ahora toca el turno a la suerte de Madero y Pino Suárez.

EL EMBAJADOR: (amable, señalándome con la hoja de papel escrita por España, Inglaterra y Alemania):—El señor ministro de Cuba acompañó anoche a los prisioneros; y yo le ruego que nos ilustre con sus informes.

EL CUBANO.—Señores ministros.....

## VI

**El Cuerpo Diplomático se informa de la situación en que se hallan Madero y Pino Suárez. Gestiones particulares de los ministros. Wilson declara que Huerta, ya Presidente, respetará la vida de los prisioneros. El Ministro de Cuba niega que Madero diese muestras de demencia. Cuba ha conquistado los corazones honrados.**

Pero, el señor ministro de Chile había presenciado el acto en que firmaron los prisioneros la renuncia de sus cargos, y le cedimos el turno en provecho de mejor información. El señor Hevia Riquelme es un diplomático de brillante ejecutoria; y andaba, con paso firme y seguro, en terreno conocido. Ojos pequeños, vivaces; nariz recortada; y, sobre la fina perilla, copo de nieve pendiente del labio, erguidos y largos los bigotes blancos. Era su silueta la de un noble de los tiempos de Felipe IV; aristócrata por el gesto, los modales y el generoso arranque. Habla con lentitud y refiere, detalle por detalle, el singular proceso. Reproduce con minucioso encanto el escenario; y cita nombres, retrata personajes, describe situaciones. El auditorio escucha con respeto. Mr. Wilson mueve pausadamente la cabeza; y de nuevo nos brinda la palabra, apenas concluye el chileno su relato.

Las miradas vuelven sobre el ministro de Cuba, que explica cuanto no ignora quien haya leído estas «notas»; y algunos colegas le interrumpen con preguntas que en seguida responde.

EL MINISTRO H. (europeo):—¿Es cierto que al señor Madero le maltratan?

EL MISTRO DE CUBA:—¿Maltratarle? Según lo que se entienda por maltrato....